





Mercado del Conde Luna. León

Espléndida felicidad

Ataúlfo Sanz

Míralos, están riñendo –dijo Josefina a Luis, el frutero del puesto trece.

–No es cosa nuestra –respondió Luis, sin dejar de colocar en el expositor los tomates recién llegados de Almería.

–Hombre..., según y cómo.

–¡Que lo dejes ya! –sentenció Luis–. Cada uno sabe lo que tiene en casa...

Josefina se calló, pero no podía dejar de pensar en María, su vecina de puesto, una charcutera con la que llevaba trabajando media vida. María y Juan, su marido, no lo llevaban bien. Mejor dicho, lo llevaban muy mal. Día sí y día también, sus broncas en el mercado eran proverbiales. Llevaban juntos más de veinte años y siempre tuvieron problemas, pero últimamente con los chicos fuera de casa y la edad, que no perdona y nos hace a todos más lentos e inseguros, las discusiones entre ellos habían ido subiendo de tono hasta el punto de que en más de una ocasión los dueños de los puestos vecinos habían tenido que sacar a Juan del mercado para evitar que se ensañara con María.

A Josefina todo esto le daba miedo. En la tele y la radio se oían todos los días casos de mujeres maltratadas y asesinadas por sus maridos o compañeros.



Y el caso es que Juan era todo un señor. En las casi dos décadas que hacía que le conocía jamás le faltó al respeto, sino más bien todo lo contrario. Juan era el primero en buscar cualquier excusa para celebrar una fiesta y era también el primero que se acordaba de los cumpleaños y los santos de todos los “históricos” del Mercado del Conde.

Sin embargo, con su mujer era distinto. Josefina lo sabía bien porque eran ya muchos años los que llevaban trabajando juntos, frente por frente, en dos puestos del mercado.

Josefina se había preguntado muchas veces si debería ir o no a la policía, pero claro, ella no era quien para denunciar un maltrato verbal o físico si la afectada, María, no hacía nada. Por otro lado, también pensaba que no podía quedarse de brazos cruzados mientras ese hombre cargaba una y otra vez contra su amiga. Si ella al menos le pidiera ayuda...

“¿Qué os pasa...? ¿Se os oye vocear desde la plaza mayor!”, gritó Josefina desoyendo a su marido, que miró de reojo mientras colocaba los últimos tomates cuando su mujer se acercaba lentamente al puesto de los charcuteros. “Mira que es cabezota –pensó Luis–, le dices que no se meta y se va directa a la boca del lobo”.

Josefina avanzaba lenta pero segura. A sus cuarenta y muchos años todavía conservaba cierta gracia juvenil al moverse. En su pueblo, muy cerca de Ponferrada, le llamaban de joven *la Loren* y ella secretamente pretendía llegar a anciana tan bien como había envejecido la actriz italiana. Sin dejar de comer el

melocotón maduro que llevaba en su mano, Josefina volvió a la carga.

–En fin, ¿qué es lo que pasó hoy? –espetó sin miramientos a Juan, sin pensar siquiera que éste llevaba entre sus manos un afilado cuchillo carnicero con el que cortaba sin cesar finísimas lonchas de cecina leonesa.

–Lo de todos los días –respondió Juan malhumorado, sin levantar la cabeza–, que ésta es tonta y no tiene solución...

María, que hasta entonces no había pronunciado palabra, se lanzó a la carrera hacia su amiga y agarrándola del brazo la instó a moverse hacia la pequeña cafetería del mercado.

–Deja, Fina, vamos a tomar una tila o algo. Ahora te cuento. Josefina miraba a Juan desafiante, sosteniendo la mirada mientras éste afilaba cadenciosamente un cuchillo de hoja ancha.

En el café, María no pudo aguantar más: fue llegar y antes de que Josefina hablara ya se había puesto a llorar. Era un ritual que Fina, como le decían sus amigos, conocía muy bien. Primero una fuerte bronca por cualquier tontería, después agresiones físicas y por último los lloros en el café del mercado. Fina estaba harta de decirle a su amiga que aquella situación era insostenible, que no se podía estar día sí y día también aguantando broncas y malos modos, pero María siempre tendía a buscar culpas y a disculpar el comportamiento de su marido.

–Si es que yo no soy como tú, Fina, yo soy muy tonta. ¡Fíjate

que hoy creía que había traído el cambio y me lo he dejado en casa encima de la cama, billetes y todo!

–Ya, y ¿qué pasa? –respondió Josefina–. Olvidos tenemos todos y no pasa absolutamente nada, no es para armar el jaleo que arma tu marido y mucho menos para que te insulte y te trate como te trata.

–Sí, pero es que es verdad; a él no se le olvida nunca nada. Parece “don Perfecto” y yo me siento a su lado como la más idiota de todas las mujeres...

–Te he dicho una y mil veces que nadie es mejor ni peor que nadie. Juan tiene sus virtudes y sus defectos, como todo el mundo, pero el trato que te da no es sano, María, no es sano..., –repetía Josefina moviendo la cabeza insistentemente.

–Ya, pero es que antes no era así, Fina, de verdad. Cuando nos conocimos, era el ser más amable que yo había conocido. Bueno, ya ves ahora que se desvive por organizar las celebraciones de Navidad o la tontería del San Valentín... Yo creo que es el exceso de trabajo y que las ventas en el puesto, para qué nos vamos a engañar, no van bien...

–Excusas, María, toda la vida poniéndote excusas. Tu marido es un maltratador, si no físico, que no sé si lo es, por lo menos verbal. Vamos, que los insultos son una forma de maltrato, María, y que te acaban hundiendo. ¿Pues no me dices tú que te sientes la más estúpida de las mujeres? ¡Vamos hombre, con lo que tú vales! ¿Quién ha sacado adelante una casa con tres hijos sin faltar ni un solo día al mercado? ¡Que estabas a punto de parir y seguías cortando cecina con el cuchillo!

Josefina abrazó a María. Hay veces que las palabras sobran y los gestos ayudan mucho más a expresar lo que se siente. Las dos mujeres, abrazadas frente a la pequeña barra del café del



mercado, sabían que pasara lo que pasara se tenían la una a la otra.

–Bueno, basta de lloros ya –resolvió enérgica Josefina–. Vas a ir a tu puesto y le vas a decir a Juan que la próxima vez que te insulte le denuncias, ¿me has oído?

María decía que sí con la cabeza, pero sabía de sobra que nunca se atrevería a decirle algo semejante a su marido. Josefina también lo sabía pero, aunque era consciente de que no se podía hacer nada, sentía miedo por su amiga. Pensaba que un día Juan podía pasar de las voces a los golpes o quizás a algo peor. Cuchillos no le faltaban.

Después de la charla, las dos mujeres volvieron a sus puestos en el mercado. Aunque era lunes y las pescaderías estaban cerradas, había mucho movimiento de gente, pues la ciudad esperaba la visita de un alto mandatario portugués. Las estrechas callejuelas colindantes al mercado estaban literalmente tomadas por la policía local y nacional, incluso había coches de la policía lusa.

Josefina volvió a su puesto, donde ya había varias mujeres esperando. Luis atendía a su ritmo y las clientas habituales preferían a su mujer.

–¿Dónde te habías metido? –le espetó una clienta.

–Pues por ahí, haciendo de Teresa de Calcuta –respondió rápidamente su marido–. Le tengo dicho que no se meta en la vida de los demás, pero es inútil. Tiene la cabeza dura, como buena leonesa...

–Anda y despacha –le gritó Josefina a su marido–, que van a venir los portugueses y todavía sigues con el kilo de tomates...

–¿Los portugueses, qué portugueses? –volvió a preguntar la clienta.



–Sí mujer, unos que están de visita en León. Creo que es el presidente de Portugal nada menos. Me parece que le van a poner una medalla o algo así. ¡Si hasta viene el príncipe Felipe! –respondió jovial Josefina.

–Pues no me había enterado de nada. ¿Y dices que vienen a ver el mercado?

–Parece que sí, que irán a dar una vuelta por la catedral, la plaza mayor y San Marcos y en una de éstas se pasan por el mercado, que ahora está muy bonito después de la remodelación.

–¡Pues para ver tomates y lechugas!

–Mujer, tomates y lechugas, pero también hay muy buenas cecinas de vaca y de chivo, unos quesos de Valdeón, pimientos embotados del Bierzo, botillos... No sólo hay que conocer el arte y la historia de un pueblo, también su gastronomía es interesante, ¿verdad Luis?

Mientras departía amigablemente con la clientela, Josefina no apartaba la mirada del puesto de su vecina. Allí, ante la atónita mirada de varias clientas, la pelea proseguía. Aunque no se oía bien, Josefina se daba cuenta de que Juan le recriminaba a María que se dejaba manipular y le exigía que estuviese calladita y que acatase todo lo que él le decía. María se había quedado sin palabras. Permanecía encogida en un rincón del puesto y parecía como si de un instante a otro se hiciera más y más pequeña. De cuando en cuando, Juan se acercaba a María con el brazo derecho extendido, como si quisiera hacerle daño. En la mano izquierda todavía llevaba el cuchillo que había estado afilando minutos antes.

Fuera, se oían muy cerca las sirenas de los coches policiales.



“Vaya –pensó Josefina–, al menos si pasa algo vamos a tener a la policía cerca”. De reojo, observó cómo por la puerta lateral del mercado de abastos entraban oteando varios policías con gafas de sol. Detrás de ellos, se vislumbraba un séquito de trajeados hombres de negocios que arropaban a las autoridades que presumiblemente iban a visitar el local. En el puesto de charcutería, Juan se acercaba cada vez más peligrosamente a su esposa. La mano izquierda enarbolaba un cuchillo de hoja ancha que se acercaba amenazadoramente.





Sin saber muy bien qué estaba haciendo, Josefina cobraba a la clienta de turno con la vista puesta en María, acurrucada en el rincón del puesto de charcutería y en la entrada al mercado, donde cada vez había más gente. Juan, ajeno a todo el ajetreo que esa mañana había en el mercado, seguía gritando e insultando a su mujer y fortuitamente acercó tanto el cuchillo que sostenía en su mano que María comenzó a gritar frenéticamente. Josefina salió disparada de la frutería en dirección al puesto de

enfrente mientras un coro de mujeres, clientas de la plaza, gritaban asustadas. “¡Que la mataaaaa!” La voz potente de Josefina se oyó a pesar del murmullo reinante el mercado. “¡Que la mata!” Fue cuestión de segundos. Un ruido seco y metálico llevó a Josefina a intuir que el cuchillo que Juan sostenía en su mano había caído al suelo. Aunque la distancia entre frutería y charcutería era apenas de unos metros, antes de que Josefina alcanzara el puesto de sus vecinos ya habían llegado corriendo varios policías.

Juan estaba tendido en el suelo y se apretaba con la mano derecha el brazo izquierdo manchado en sangre. “He tenido que disparar”, se defendía un agente ante su superior. “Un segundo más tarde y podríamos estar lamentando una muerte más”.

Josefina oía al agente mientras abrazaba a María, que no podía articular palabra. Lloraba de rabia y lloraba también por su marido y por lo mal que había acabado todo. Mirando cómo Juan se retorció en el suelo por el dolor de la bala, con el cuchillo al lado que podía haberle segado la vida, María fue repasando mentalmente muy rápido cómo había sido su vida desde que le conoció y fue dándose cuenta de que el germen de la violencia extrema que había soportado en los últimos años ya estaba presente en los primeros tiempos de noviazgo, aunque ella nunca lo había querido ver.

—¿Estás bien? —le preguntó Josefina por fin.

—Sí, amiga, creo que por primera vez desde hace muchos años estoy bien. De repente se me ha caído la venda de los ojos y ha sido gracias a ti.





—Bueno, más bien gracias a estos señores —respondió Josefina, mirando a la policía.

María y Josefina se retiraron hacia la frutería mientras los agentes ayudaban a Juan a levantarse. Si hay miradas que matan, la de Juan al levantarse del suelo fue de las que además de matar entierran. Sostenido por dos de los agentes, Juan avanzaba por el pasillo central del mercado. En la mano llevaba un torniquete y, a pesar del dolor de la herida recién hecha, volvió la cabeza hacia el puesto de Josefina y gritó: “No dejes el puesto abierto, idiota, y prepárate para cuando vuelva...”.

Josefina iba a responder, pero antes de que una sílaba saliera de su garganta se escuchó la vocecilla quebrada de María: “No voy a estar para cuando vuelvas, Juan, y además voy a dejar el puesto abierto porque hoy me siento libre por primera vez en muchos años”.

Josefina miraba a su amiga y no la reconocía. A través de sus ojos percibía una sensación extraña, una espléndida felicidad que sólo se conquista con mucha paciencia. Sabía que quizás no volviera a ver por el mercado a su amiga María, pero sabía también que a partir de ahora ella iba a estar mucho mejor que antes.

Ataúlfo Sanz

MERCADO DEL CONDE LUNA. LEÓN

El Mercado del Conde Luna está ubicado en el centro de la plaza del Conde Luna, al lado del palacio del mismo nombre, en pleno casco antiguo de la ciudad de León. Tiene una superficie construida de 1.850 m² y una estructura de hormigón con cerchas metálicas en la cubierta.

Es el mercado cubierto más antiguo de León —data de 1936— y ha sido remodelado varias veces, las más recientes en 1986 y 2004. Esta última ha permitido recuperar la forma e imagen originales con todos los servicios modernizados.

El Mercado del Conde Luna es el equipamiento comercial de alimentos perecederos más importante de la ciudad de León, alrededor del cual se ubican muchos equipamientos hoteleros y turísticos. Actualmente lo ocupan 30 industriales y por actividades destacan las carnicerías (12), las casquerías (5) y las pescaderías (5).

Además, cada primer sábado de mes la plaza del Conde Luna acoge el Mercado de Productos Ecológicos de León. Desde su inauguración se ha convertido en punto de encuentro para muchos leoneses que lo consideran “la alternativa natural”.

